

La siembra del pensamiento: Un año en el semillero “Puntos de vista filosóficos sobre ética, sociedad y educación”

Dayron Osmar Correa Zea*

En este momento, mientras miro mi biblioteca, cada volumen representa un pedazo del rompecabezas que he estado intentando armar durante este último año: mi comprensión de la investigación, mi participación en el semillero “Puntos de vista filosóficos sobre ética, sociedad y educación” y mi propia evolución intelectual. Un año. Un año que se ha convertido en un crisol donde se han fundido mis experiencias previas con la fascinación por el pensamiento crítico, un año que ha moldeado mi perspectiva sobre la investigación y sobre mí mismo, un año que me ha transformado.

Llegué al semillero con la sensación de poseer un bagaje intelectual relativamente sólido, o al menos eso creía. Mi formación como licenciado en Ciencias Sociales me había proporcionado una base sólida en el análisis de las estructuras sociales, políticas y económicas. Había aprendido a interpretar datos, a construir argumentos, a analizar fenómenos sociales complejos a través de diferentes lentes teóricos. La Especialización en Pedagogía y Docencia Universitaria, por su parte, había añadido una dimensión práctica a mis conocimientos, enseñándome las complejidades de la transmisión del conocimiento y el impacto de la educación en la formación de individuos y sociedades. Había desarrollado habilidades para diseñar currículos, gestionar aulas, evaluar el aprendizaje y, sobre todo, a comprender la importancia del contexto social en la construcción del conocimiento.

A pesar de este bagaje, sentía una insatisfacción latente, una sensación de incompletitud. Mis estudios en Ciencias Sociales, por más completos que fueran, me habían dejado con la sensación de que faltaba algo fundamental, una pieza clave que permitiera articular de

Cómo citar este artículo

Correa Zea, D. O. (2025). La siembra del pensamiento: Un año en el semillero “Puntos de vista filosóficos sobre ética, sociedad y educación”. *Zegusqua*, (4), 64-68.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

* Especialista en Pedagogía y Docencia Universitaria. Universidad La Gran Colombia.
correaz1@ulagrancolombia.edu.co

manera más profunda y significativa las diferentes piezas del rompecabezas social. Sentía la necesidad de ir más allá de las descripciones empíricas, de adentrarme en el terreno de las preguntas fundamentales, de explorar las raíces mismas de los problemas sociales y las ideas que moldean nuestra comprensión del mundo. Era una sed de profundización teórica, de un marco conceptual que me permitiera comprender las estructuras de poder, las relaciones sociales, y los valores que rigen nuestras vidas de una manera más completa y sistémica.

Esta necesidad me llevó a emprender la Licenciatura en Filosofía en la Universidad La Gran Colombia. La filosofía, con su capacidad para cuestionar los fundamentos mismos de nuestro conocimiento y de nuestra existencia, me parecía la herramienta ideal para articular mis conocimientos previos para alcanzar una comprensión más profunda de la realidad social. No se trataba simplemente de añadir una nueva capa de conocimiento a mi formación, sino de integrar la filosofía como una lente analítica que iluminara y diera sentido a mis estudios previos en Ciencias Sociales y Pedagogía.

Recuerdo mi primera reunión, la timidez inicial, la sensación de estar ante un grupo de mentes brillantes, la impresión de estar frente a un desafío intelectual de proporciones considerables. La atmósfera era palpablemente estimulante, un ambiente de intercambio intelectual donde la duda era valorada y el debate era la norma. Ahora, al mirar hacia atrás, veo no solo el crecimiento académico, sino también una metamorfosis personal, una transformación que ha ido más allá de la adquisición de nuevas habilidades o conocimientos.

El semillero, dirigido por el profesor Gilbert García, ha sido una escuela de formación investigativa en el sentido más amplio de la palabra. No se trató simplemente de aprender a manejar metodologías, aunque eso también fue una parte fundamental. Aprendimos a construir hipótesis robustas, a diseñar metodologías que fueran pertinentes y rigurosas, a analizar datos con un ojo crítico, a escribir con precisión y claridad, y a defender nuestras ideas con argumentos sólidos, confrontando las objeciones con inteligencia y respeto. El profesor García no se limitó a impartir conocimiento; él cultivó el pensamiento. Su papel trascendió el de un simple profesor; se convirtió en un mentor, un guía que nos acompañó en nuestro proceso de aprendizaje con una paciencia y una dedicación admirables. Recuerdo las sesiones del semillero, no como clases magistrales unidireccionales, sino como diálogos enriquecedores, donde sus intervenciones no eran la imposición de verdades dogmáticas, sino preguntas estimulantes que nos invitaban a explorar diferentes perspectivas, a cuestionar nuestras propias suposiciones y a construir nuestro propio entendimiento del mundo. Su aguda perspicacia era asombrosa, parecía poseer una capacidad casi sobrenatural para identificar los puntos débiles de nuestros argumentos y las lagunas en nuestro conocimiento sin desanimarnos ni hacernos sentir juzgados. Sus críticas, siempre constructivas, eran como señales que nos guiaban hacia un entendimiento más profundo, hacia una comprensión más matizada de la complejidad de los temas que abordábamos.

Su habilidad para estimular el pensamiento crítico era, quizás, su cualidad más destacada. No se conformaba con que repitiéramos teorías o parafraseáramos textos; nos desafiaba constantemente a pensar por nosotros mismos, a formar nuestras propias opiniones, a defender nuestras ideas con argumentos sólidos, a aceptar la crítica constructiva y a cuestionar las ideas establecidas. Nos enseñó a diferenciar entre opinión y argumento, entre creencia y conocimiento, entre dogma y evidencia. Nos incitó a buscar la verdad no como una meta definitiva, sino como un proceso continuo de búsqueda, de exploración y de cuestionamiento constante.

El estilo de dirección del profesor García era notablemente diferente a otros entornos académicos que había experimentado. En lugar de una relación jerárquica tradicional, basada en la autoridad del profesor y la sumisión del estudiante, se promovió un ambiente de confianza y colaboración. Se sentía un respeto mutuo, un aprecio por la diversidad de opiniones y un reconocimiento de que el aprendizaje era un proceso colectivo, donde todos teníamos algo que aportar. Sus clases no eran monólogos, sino diálogos, donde las preguntas de los estudiantes eran bienvenidas, estimuladas y cuidadosamente consideradas. Su humildad intelectual era contagiosa. Jamás pretendió poseer todas las respuestas; al contrario, compartía abiertamente sus propias dudas, sus propios desafíos intelectuales, mostrándonos que el camino de la búsqueda del conocimiento es un viaje continuo, lleno de incertidumbres y preguntas sin respuesta.

Pero más allá de la metodología, lo que verdaderamente ha transformado mi experiencia ha sido la interacción con mis compañeros. El semillero no ha sido una simple agregación de individuos, sino una comunidad de aprendizaje, un espacio de diálogo, de debate, de intercambio de ideas, de colaboración y, en ocasiones, de amistades genuinas. Hemos aprendido a escucharnos, a respetar nuestras diferencias, a construir consensos, incluso cuando las divergencias eran profundas. Hemos aprendido a valorar la diversidad de perspectivas, a entender que la riqueza de la investigación radica en la pluralidad de enfoques. Este espacio plural, este crisol de ideas, ha enriquecido mi visión y mi comprensión de las complejidades del mundo de una manera que ninguna clase magistral, por muy brillante que fuera, podría haber logrado. Las discusiones sobre ética, sociedad y educación, a menudo acaloradas, pero siempre respetuosas, nos han llevado a explorar los límites del conocimiento y a confrontar las contradicciones inherentes a nuestra realidad.

Mi propia trayectoria en el semillero ha estado marcada por mi creciente interés en las teorías marxistas y neomarxistas. He encontrado en estas perspectivas analíticas un marco conceptual poderoso para abordar los fenómenos contemporáneos, para comprender las estructuras de poder, las desigualdades sociales, las contradicciones inherentes a nuestro sistema capitalista, y las formas en que estas estructuras impactan en la educación y en la ética. No se trató simplemente de una adhesión acrítica a la ideología marxista. Al contrario, he aprendido a utilizar estas teorías como lentes analíticas, como herramientas para

comprender la complejidad del mundo, sin dejar de lado las críticas y las limitaciones inherentes a cualquier marco teórico. El estudio de las diferentes escuelas del marxismo, desde la ortodoxia marxista-leninista hasta las corrientes neomarxistas más críticas, han enriquecido mi comprensión de la dialéctica, del materialismo histórico y de la crítica de la ideología.

La aplicación práctica de la teoría ha sido un aspecto vital de mi experiencia en el semillero. La organización de eventos, la presentación de trabajos en congresos, la participación en debates académicos; cada una de estas experiencias ha sido una oportunidad para poner a prueba mis ideas, para confrontarlas con las opiniones de otros, para pulir mi discurso y para fortalecer mi capacidad de argumentación. El proceso de investigación, lejos de ser una actividad solitaria y aislada, se ha convertido en una experiencia colaborativa y profundamente enriquecedora. La preparación de las ponencias, la escritura de artículos académicos, la revisión de los trabajos de mis compañeros —todo este proceso ha contribuido a mi crecimiento como investigador—.

La preparación de los eventos, además del trabajo de investigación que implicaba, requería habilidades organizativas, habilidades comunicativas y un compromiso firme con la colaboración. La satisfacción de ver nuestro trabajo culminado, de ver a otros interesados en nuestras ideas, de generar espacios de debate sobre temas relevantes para la sociedad, ha sido invaluable. Estos eventos, además, nos permitieron asistir a otras presentaciones, enriqueciendo nuestra comprensión de diversos temas y expandiendo nuestra red de contactos académicos. Esta red de contactos, forjada en la colaboración y en el respeto mutuo, es un tesoro que llevaré conmigo más allá de mi paso por el semillero.

La experiencia no ha estado exenta de desafíos. Recuerdo las noches de insomnio, la frustración ante las dificultades metodológicas, las dudas sobre la validez de mis hipótesis, la incertidumbre sobre el rumbo de la investigación. Hubo momentos de duda, momentos en los que la magnitud de la tarea parecía abrumadora. Pero estos obstáculos, lejos de desanimarme, han fortalecido mi resiliencia y mi determinación. Cada superación ha sido una victoria personal, un paso más hacia la consolidación de mi formación como investigador. Estos momentos de dificultad, de hecho, han sido cruciales para mi aprendizaje, ya que me enseñaron la importancia de la perseverancia, la necesidad de revisar críticamente mi propio trabajo y la importancia de buscar apoyo en los demás.

Hoy, al concluir este primer año, siento una profunda satisfacción. El semillero no ha sido solo un lugar de aprendizaje académico, sino un espacio de crecimiento personal, un lugar donde he aprendido a pensar de manera crítica, a colaborar con otros, a superar mis limitaciones y a descubrir la belleza y la potencia de la filosofía como herramienta para comprender el mundo y transformarlo. Este año ha sido una semilla plantada, una semilla que espero germine y dé frutos en los años venideros. El camino aún es largo, pero la experiencia en este semillero me ha proporcionado las herramientas, el conocimiento

y, sobre todo, la convicción para seguir adelante. El viaje continúa. La luz de la tarde se desvanece, pero la llama del conocimiento, encendida en este año de trabajo intenso y enriquecedor, arde con fuerza. Y sé que continuará ardiendo.

En tiempos en los que la educación y la investigación enfrentan múltiples desafíos, la experiencia vivida en el semillero “Puntos de vista filosóficos sobre ética, sociedad y educación” me ha demostrado que aún existen espacios donde el pensamiento crítico florece, donde las ideas se cultivan en comunidad y donde la pasión por el conocimiento transforma realidades. Por ello, invito a quienes leen estas líneas —especialmente a estudiantes que sienten la inquietud por comprender el mundo de una manera más profunda y rigurosa— a sumarse a la vida académica activa, a buscar o crear sus propios espacios de reflexión, diálogo e investigación. Involucrarse en un semillero es mucho más que un complemento formativo: es una oportunidad para construir comunidad, fortalecer la voz propia, cuestionar lo establecido y aportar a la transformación social desde la filosofía y las ciencias humanas. Porque la semilla del pensamiento, cuando se siembra con dedicación y se riega con preguntas genuinas, tiene el poder de germinar en frutos de cambio, de conciencia y de compromiso.